

# El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVIII. MADRID 7 MAYO 1898. NÚM. 19

## EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

#### PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

### REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza del Dos de Mayo, 4, segundo.

### LO DEL DIA

Admiro y me prosterno ante los marinos españoles que, á conciencia de que sus barcos y sus cañones eran impotentes para luchar contra la escuadra yanqui, han muerto gloriosamente en la bahía de Manila.

Y excito á los diputados republicanos á que pidan que sean llevados á la barra cuantos ministros de Ultramar y de Marina ha tenido la restauración, para que respondan de la sangre derramada, de las islas Filipinas en peligro.

Es el menor tributo de respeto que puede otorgarse á los que han luchado á sabiendas de que iban á perecer, porque no tenían ni posibilidad de mantener la lucha.

Ni jactanciosas alharacas ni jeremiadas vergonzosas. Calma, serenidad... Y dignidad sobre todo.

No he lanzado una frase de patriotismo de similor... No he creído, como el ministro de la Guerra, que puedan los corazones suplir la falta de artillería; ni como la prensa, que el valor innegable de nuestros marinos compensaría la falta de cañones de grueso calibre; ni que pequeños barcos de madera pudieran resistir á grandes acorazados; ni que la causa de la justicia triunfase, sólo por serlo; ni que las rogativas ni los rosarios detuviesen á los que avanzaban... Por esto me he limitado á gritar «¡recursos! ¡recursos!» para barcos y cañones, señalando los sitios de donde podían sacarse.

La mayoría de mis compatriotas ha preferido llenar los templos, cuajados de riquezas, para pedir á Dios que nos ayude á exterminar á los que están mejor armados que nosotros, y el resultado ya lo hemos visto.

¡Barcos!, piden con ansia nuestros marinos. ¡Rogativas!, contestan los cardenales en el Senado.

¡Cañones!, gritan los que lloran de rabia al ver que los nuestros no alcanzan á los buques enemigos. ¡Novenas!, responden los obispos en sus pastorales.

¡Municiones!, reclaman los que quieren morir por la patria, pero matando. ¡Rosarios!, vociferan frailes y curas.

¡Recursos!, claman los que luchan en la manigua. ¡Padrenuestros!, repiten los que nos han traído á esta situación terrible.

¡Pan, ropa, calzado!, dicen los hijos del pueblo que combaten por el honor de España. ¡Escapularios, medallas, agnus dei!, les responden los creyentes.

Hemos preferido el humo del incienso al de la pólvora; los cañones de órgano á los que debían defender nuestras posesiones ultramarinas;

la edificación de conventos á la construcción de buques...

El pan de nuestros soldados ha servido para alimentar á los que rezan; el sayal ha predominado sobre la guerrera; la capucha sobre el ros; la sandalia sobre el borceguí...

El hisopo ha mojado el cañón del maüser; la plegaria se ha impuesto al canto bélico; el seminario ha abierto sus puertas á los desertores del cuartel; las condecoraciones ganadas con sangre, con vida, se han puesto en contacto con momias de santos, es decir, con el frío, con la muerte; las manos que esgrimían espadas gloriosas han empuñado cirios, palios...

Y todo esto ha dado por resultado fatal, previsto... la pérdida de nuestra escuadra en Cavite.

Nos hemos rezado nuestros barcos, respondiendo nuestros cañones, depositado en los cepillos de las iglesias el pan de nuestros soldados. ¿A quién quejarnos porque hoy éstos no tengan pan, ni las fortalezas cañones, ni las costas barcos?

«¡El invencible león español!... ¡Los heroicos pechos de nuestros bravos soldados!... Nuestro valor legendario!... ¡El pueblo heroico de Lepanto!... ¡El Callao! ¡Mendez Nuñez!... ¡Santa Bárbara, patrona de la Artillería! ¡La Purísima Concepción, de la Infantería! ¡Santiago, de la caballería! ¡La Virgen del Pilar! ¡La del Rosario! ¡Todas las vírgenes, en fin!...

Concedo que esto es hermoso, poético, magnífico, pero ayudado de grandes acorazados, de cañones de gran calibre, de montañas de municiones... Esto sin aquello, puede dar el triunfo... Aquello sin esto, puede llevar, como ha llevado, á que los protestantes enarboles su bandera en territorios católicos...

¡Pobres madres españolas fanatizadas por el clericalismo!

Rezad; que al murmullo de vuestros rezos responde el de las olas que sepultan los cadáveres de vuestros hijos que los cañones yanquis han barrido.

Dad con mano trémula al cura el dinero que deberíais guardar para alimentar vuestras hijas, á fin de que pida al cielo que conserve la vida á vuestro esposo; que allá en la manigua él perecerá extenuado.

Invidiad las calles con el rosario en las manos cruzadas sobre el pecho, mientras en los hospitales de Cuba celebra orgías la muerte.

Preparad escapularios para los que vayan á ocupar las bajas que produce la guerra, mientras faltan hilas en los hospitales para los que caen heridos.

¡Y siga la mascarada fúnebre!

### TODO POR LA REPÚBLICA

La razón principal que tenemos muchos revolucionarios para ponernos al lado de Castelar, es la de que es el único republicano que no nos ha engañado desde la restauración acá ofreciéndonos traer la República, ni por los cuarteles ni por los comicios.

Como nada nos ha prometido, nada tenemos derecho á pedirle; pero como no ha dejado de ser republicano, se impone el deber de ofrecerle nuestro apoyo por si quiere traer la República; ese apoyo que los demás no han aceptado sino para promover divisiones, confeccionar partiditos é ir al Congreso á perder el tiempo.

Dos objeciones podrían hacerle los monárquicos á Castelar cuando hablara de traer la República: la de que no le quieren los republica-

nos, y la de que los revolucionarios se alzarían todos en armas contra él. Ambas puede hoy rebatirlas, diciendo: «la conducta de los jefes republicanos ha hecho converger hacia mí las miradas de casi todo el partido.» «Veinticinco años de oposición infecunda han hecho pensar á los revolucionarios cuyas energías no han querido utilizar los jefes, que la República puede venir por otro camino del que ellos soñaron.»

Todo esto es una verdad; muy triste, pero muy verdadera.

Y que no juzgo hoy por vez primera la conducta de Castelar desde este punto de vista, pruébalo bien lo que escribí el 6 de Octubre de 1889 al hacer un paralelo entre él y Pí. Decía:

«Comprendo que estén con Castelar los republicanos que no sean revolucionarios; porque Castelar no ha engañado á nadie desde el 3 de Enero de 1874, y cuantos le han seguido sabían á qué atenerse.

Desde que, convencido ó equivocado, abominó de los procedimientos de fuerza y se amparó de la legalidad monárquica para defender la democracia á su modo, no se ha apartado un punto de ese camino, hasta caer de bruces, como era lógico, en los linderos de la monarquía.

Tuvo para esto que sacrificar la popularidad mayor de estos tiempos, y la sacrificó; que exponerse á las justas iras de los revolucionarios, y se expuso; que renegar del federalismo, cuyo verbo había sido, y renegó.

Inconsecuencia, apostasia, crimen político... todos estos calificativos pueden aplicarse á su conducta; pero al mismo tiempo hay que reconocerle valor, lealtad y hasta honradez dentro de su evolución.

Nada de zancadillas, ni de emboscadas, ni de traiciones. La patria en primer término, la democracia en segundo, y en el último la República conservadora ó la monarquía democrática.»

Pues bien; á pesar de que en 1889 pensaba y decía esto de Castelar, lo he combatido ferozmente, y trabajado, ferozmente también, por ver si nos uníamos los revolucionarios para traer la República que yo soñaba.

No lo he conseguido, y hoy me pongo al lado del que combatí, por no ver otro camino para que la República venga. Porque, no me cansaré de repetirlo: para mí la República no tiene desde hoy apellidos; ni mote siquiera.

### CRÓNICA PARLAMENTARIA

#### EN EL CONGRESO

Poco antes de comenzar la sesión, circularon en el Salon de Conferencias rumores gravísimos. Para que se confirmaran, los diputados y los periodistas esperaban anhelantes la llegada al Congreso del Presidente del Consejo de Ministros.

Se decía que muy de mañana había estado Sagasta en Palacio, celebrando una larga conferencia con la Regente; que luego había reunido el Consejo, donde se tomaron acuerdos trascendentales; que le visitaron después los cardenales, arzobispos y obispos residentes en Madrid, los subsecretarios y directores generales de los Ministerios, los Consejeros de Estado, los Ministros de los tribunales de Cuentas y de lo Contencioso Administrativo, los Académicos de la Lengua, Historia, Ciencias Morales y Políticas y Bellas Artes, los exministros de la República y de los partidos conservador y liberal de la Restauración y, finalmente, que se habían dirigido á provincias una porción de telegramas de los que ansiosamente se esperaba respuesta.

Cuando el señor Sagasta llegó al Congreso, una verdadera nube de políticos, periodistas, bolsistas, tenedores de papel de la Deuda pública, accionistas de grandes compañías, etc., etc, le recibieron con vivísima ansiedad.

A las muchas preguntas que se le dirigieron, don Práxedes, solemne y reposadamente, contestó con las siguientes palabras:

—Es cierto. Vengo á hacer un acto, el más grande de mi vida. Pero nada puedo decir ahora. Suban ustedes á las tribunas y tengan la bondad de oírme.

Inmensa expectación despertaron estas palabras



del Presidente. Se llenaron las tribunas; el Congreso presenció atónito la entrada de don Práxedes, que al tomar asiento en el banco azul exclamó:

—Pido la palabra, señor Presidente.

El marqués de la Vega de Armijo que, como de costumbre, presidía, suspendió el debate pendiente y dijo:

—Orden, señores diputados. Tiene la palabra el Presidente del Consejo de Ministros.

#### El discurso de Sagasta.

Al levantarse el Sr. Sagasta, surge en los escaños rojos un murmullo de inmensa expectación.

El Presidente del Consejo, pálido, con la voz trémula, exclama:

«Señores diputados: Voy á ser sincero. Las circunstancias lo exigen; la patria lo demanda (*Aplausos*). Estas Cortes—vosotros lo sabéis mejor que yo,—no representan la voluntad nacional. Y, sin embargo, estas Cortes, ante el grave problema de la guerra con los Estados Unidos, van á empeñar las minas de Almadén y el impuesto sobre la navegación, van á recargar varios tributos, van á pedir á los contribuyentes españoles el anticipo de un año de contribución, aun sabiendo que muchos de ellos, esquilados, arruinados, venderán sus fincas, apagarán los hornos de sus fábricas y cerrarán sus tiendas, porque no podrán pagar lo que vamos á pedirles. (*Algunas voces en la tribuna pública: ¡Es verdad, es verdad!*)

Vega Armijo, incomodado, agita la campanilla, diciendo: *Orden en las tribunas*.

«Pues bien—continúa diciendo el señor Sagasta;—yo creo que estas Cortes están incapacitadas para empeñar las rentas de la nación y sobre todo para exigir sacrificios á los contribuyentes, si ellas mismas no comienzan por sacrificarse. No por vanidad, sino porque me creí en el deber de tomar la iniciativa, he decidido renunciar á favor del Tesoro público las 30.000 pesetas anuales que como ministro de la Corona tengo derecho á percibir. (*Grandes aplausos. Algunos diputados gritan: ¡Viva España! ¡Viva Sagasta!*)

«No, no me aplaudís sin concluir de oírme—sigue diciendo el señor Sagasta.—He prometido ser sincero y voy á serlo. No merece aplausos mi decisión. Mis rentas, sin ser grandes ni mucho menos, como toda España sabe, son suficientes para cubrir las atenciones que mi posición me impone. Además, todos sabéis que una Compañía de ferrocarriles me paga 30.000 pesetas anuales por ser presidente de su Consejo de administración. Pero si no quiero aplausos para mí, los exijo de vosotros para los nobles rasgos de desprendimiento de que voy á daros cuenta. Todos los ministros, que cuando no lo son viven lo mismo que cuando concurren á los Consejos de la Corona, han hecho renuncia de sus sueldos en favor del Tesoro. El Gobierno, por lo tanto, contribuye con 270.000 pesetas á aliviar las cargas extraordinarias que sobre el Tesoro español pesan por causa de la guerra que no hemos sabido evitar. (*Grandes aplausos y vivas entusiastas*).»

«Los hombres de mi partido—continúa diciendo el señor Sagasta,—han secundado este movimiento generoso. Ahí los tenéis: el noble marqués de la Vega de Armijo, que os preside, dueño de grandes posesiones en sus distritos de Córdoba y señor del castillo de Mos; el señor Montero Ríos, propietario del Lourizan, que ha hecho grandes caudales en su bufete; los señores Gamazo, Maura y Canalejas que tienen fama de ricos, viven en espléndidas fincas de su propiedad, tienen negocios diversos y ganan en el ejercicio de su profesión más que un ministro de la Corona; el señor Eguilior, conocido capitalista; todos los exministros liberales, en una palabra, renuncian en favor del Tesoro las 7.500 pesetas que anualmente cobran en concepto de derechos pasivos. (*Grandes aplausos*).»

«¿Y qué diré de los conservadores? Ahí tenéis al noble y venerable marqués del Pazo de la Merced. Verdad es que su fortuna es una de las más grandes de España, que tiene á centenares las acciones del Banco, de la Tabacalera, de ferrocarriles, de la Deuda pública, pero el marqués del Pazo de la Merced conoce los deberes que el patriotismo impone, y desde hoy renuncia las 7.500 pesetas de su cesantía. Y ahí tenéis al señor Castellano, dueño de campos y montes y casas en todo Aragón, de fábricas de harina y de papel, y de un establecimiento bancario que tiene acaparados en Zaragoza todos los monopolios y todas las comisiones. También cede sus 30.000 reales. Y como él todos los demás exministros, Silvela, Villaverde, Pidal, el duque de Tetuán, Linares Rivas, Bosch, Romero Robledo, Tejada Valdosa, Isasa, Concha Castañeda, todos, en fin, todos ricos, que no han necesitado ser ministros para tener coche y numerosos criados y vivir bien, todos renuncian su ce-

santía. Y sólo por esto, el presupuesto actual recibe un beneficio de 450.000 pesetas. (*Aplausos*).

«Los príncipes de nuestra milicia,—sigue diciendo el señor Sagasta,—que son más de los que debían y que todos ellos cobran cruces pensionadas y tienen presidencias de academias ó compañías industriales, renuncian sus sueldos en favor de este presupuesto, cuyos ingresos va á dar el contribuyente con las últimas gotas de su sangre. Los capitanes generales conde de Cheste, Martínez Campos, López Domínguez y Primo de Rivera hacen el sacrificio de no cobrar las 120.000 pesetas con que la nación les paga desde hace muchos años los entorchados que llevan en sus gloriosas bocamangas. (*Grandes aplausos*).—*Varias voces: ¡Vivan los capitanes generales!*—Una voz en la tribuna pública: ¡No! ¡Viva el Ejército!—El presidente agita la campanilla, imponiendo orden).

«Ah, señores diputados!—exclama Sagasta en el paroxismo del entusiasmo,—¿y que os diré del sacrificio que la Iglesia hace en aras de la patria? Yo masón y excomulgado de ayer, siento revivir en mi corazón la fe de mis mayores al proclamar este rasgo heroico de la Iglesia española, donde alienta todavía el gigante espíritu del cardenal Cisneros. Esta mañana, esta mañana misma entraron en mi despacho el cardenal Sancha, el cardenal Cascajares, el cardenal Herrera y otros ilustres preconizados, que al paso que vamos medio Sacro Colegio estará constituido por españoles, y el cardenal Sancha, venerable anciano, con su vocecita temblorosa me dijo: «Cuanto tenemos es para la patria de quien lo hemos recibido todo. Estas ricas vestiduras de púrpura roja, este pectoral de esmeraldas y amatistas, este anillo de rubíes... El oro de los cálices y el bronce de las campanas, las piedras preciosas de nuestras imágenes y el tisú de nuestros ornamentos, todo cuanto la Iglesia tiene es para la patria. Y para que no crean las gentes maliciosas y los miserables enemigos de la Iglesia, que estas son vanas palabras, he aquí un ofrecimiento concreto y terminante: EL CLERO NO COBRARÁ DE LOS PRÓXIMOS PRESUPUESTOS SU ASIGNACIÓN ANUAL DE 42.076.217 PESETAS, cifra muy pequeña si se tiene en cuenta que no ha bastado para desarmar las iras de la Divina Providencia, que hace años nos persigue y acogota.

(*Delirante entusiasmo en los escaños rojos. Los ¡viva la Iglesia! ¡viva el clero! ¡vivan las monjas! y ¡viva la Virgen! se confunden con los ayes lastimeros que algunas damas de la aristocracia lanzan en las tribunas elegantes*).

Una voz dominando el tumulto: Eso es hermoso, pero las Cortes no pueden admitirlo. ¡El pobre clero no va á tener que comer!... (*Grandes aplausos*.—*Muchas voces: ¡Es verdad! ¡Rechacemos ese sacrificio!*)

El señor Sagasta: Igualmente escrupulos me asaltaron á mí y así lo dije al reverendo cardenal Sancha, pero éste me tranquilizó en seguida con las siguientes palabras: «El clero tiene otros muchos medios de vida, y esos cuarenta y pico de millones son sólo una parte bien pequeña de lo que anualmente saca. Pero esos cuarenta y dos millones constituyen en los presupuestos del Estado la cuarta parte de las contribuciones directas. ¡Ya veis; la agricultura arruinada, el comercio perturbado, la industria sin mercados consumidores; van á quedar los campos yermos é infértiles; las quiebras de los comerciantes llevarán la ruina de pueblo en pueblo, y las fábricas cerradas lanzarán de sus lóbregas guaridas una multitud de obreros famélicos, hambrientos... Vais á sacar un año anticipo de contribución á más de la ordinaria, ¿y creéis al clero tan sin conciencia que vaya á comerse la cuarta parte de ese dinero? ¡Ah, no! El clero tiene misas, bautizos, entierros, casamientos, bulas, cepillos abiertos á la turbada conciencia de los pecadores, rentas; tiene sobrado para vivir con holgura para que el hambre no turbe su espíritu y no lleve la tentación á su carne.

«Pero es más—continúa diciendo el señor Sagasta;—vosotros conocéis la adhesión inquebrantable del cardenal Sancha á nuestras instituciones; por él vamos á la conquista del clero; y al despedirse de mí me dijo quedamente y sin que el cardenal Cascajares pudiera escucharlo:—«Esos cuarenta y dos millones que dejaremos de cobrar, ya los echarán de menos en las fábricas de armas.»

Interpretad como queráis, señores diputados, esas palabras. Yo sólo os digo que no podemos pedir á la nación sacrificio alguno, mientras hubiera de arrancarsele su sudor y su sangre para un clero que, teniéndolo todo en el país y disponiendo de todo á su antojo, no ha conseguido de la Divina Providencia que nos libre de una guerra inicua, injusta, y en la que, pagando ó no pagando al clero debemos triunfar, porque Dios dijo que no prevalecerá la injusticia sobre la tierra, y lo dijo para todas las naciones, para las que tienen Concordato con Roma y para las que

gastan el dinero de los curas en fusiles, cañones y acorazados.

Pero he aquí, señores diputados, otro rasgo hermoso, que honra á sus autores y á todos nos enaltece. Los Subsecretarios y los Directores generales, todos en buena posición y algunos de ellos muy ricos, y los gobernadores civiles de todas las provincias, de quienes se sabe la diversidad de elementos con que cuentan, ceden también sus sueldos en beneficio del Estado. Estos sueldos importan en los actuales presupuestos 717.500 pesetas... (*Grandes aplausos interrumpen al señor Sagasta*). Más, aún hay más. Hemos acordado la supresión de toda clase de comisiones, temporeras, fondos secretos, subvenciones y la su basta ó arriendo del servicio de material de las oficinas públicas, y esto produce una economía de 2.700.000 pesetas. (*Grandes aplausos*).

El Sr. Sagasta: ¡Callad, callad! ¡Si esto no es nada todavía! (*Entusiasmo delirante. Las minorías carlistas y republicanas se retiran avergonzadas del salón*). Aquí ha traído el ministro de Hacienda dos presupuestos, uno el de la paz, el ordinario, del que todos comemos y gozamos; otro, el extraordinario, el de la guerra, presupuesto incierto, enorme, que no sabemos dónde acabará. Pero se me ha hecho notar que esto es una farsa, porque no puede haber dos presupuestos donde hay un solo contribuyente, á menos que, siguiendo la opinión de algunos tratadistas, le consideremos partido por la mitad. Por eso, sin esta obra de justicia que he emprendido esta tarde, corríamos el peligro de que el contribuyente se nos quedara entre las manos.

¿Pues qué, es posible que por la sencilla razón de que hay guerra, pidamos más sacrificios á aquel que los viene haciendo todos hace muchos años, y nada á quien en ese tiempo mismo no ha hecho otra cosa que cobrar? Tal es la situación de los tenedores de la Deuda pública. En los últimos 25 años ha habido muchos de sequía en que la resquebrajada tierra se ha negado á producir; regiones enteras fueron más de una vez asoladas por la filoxera ó la inundación, y el pobre labrador pagaba ó entregaba su misera heredad á las garras de fisco. Entre tanto, lloviera mucho ó nada, temblaran los montes y los llanos ó se estuvieran quietos y reposados, enviase Dios el oidiun, ó el mildew ó la glosopeda, el acreedor del Estado cobraba su cupón, no sólo sin regateos, sino con la enorme prima de los cambios.

Por eso hay dos presupuestos; porque en uno hay que garantizar al que prestó al Estado, que seguirá chupando la ubérrima ubre que ha mamado tantos años, sin ver que está la vaca extenuada y agónica, que cobrará su cupón y se le mantendrá el precio de su papel, aunque en el otro presupuesto haya que poner como remate cualquiera de las desacreditadas frases: *Consumatum est*, ó *Finis Hispaniæ*, ó *Dios sobre todo*, ó *¡Sálvese el que pueda!*

Pero no, señores diputados; el patriotismo de los españoles no es de oropel, y después del día de hoy nadie podrá decir, refiriéndose á los discursos patrióticos que aquí han resonado, que son estas las Cortes de Tarascón. Los tenedores de papel se han acercado á decirme: «Si, queremos que el cupón se nos pague, que el papel español no se deprecie, pero comprendemos á la vez que es justo que, como el agricultor, y el industrial, y el tendero, y el médico, y el abogado, contribuyamos á las cargas de la nación... Queremos pagar, señor Sagasta, me han dicho. Y como me viesen un punto perplejo, agregaron: «Si, queremos pagar, por lo menos, tanto como la Agricultura.

(*Entusiastas, delirantes aplausos. Se oyen voces, ya roncadas: ¡Vivan los acreedores! ¡vivan los ingleses!*)

El señor Sagasta trémulo, emocionadísimo, pide al Presidente le conceda diez minutos de descanso. Los diputados, casi todos llorando de emoción, rodean el banco azul. Es imposible describir el espectáculo. Al fin se restablece la calma.

El señor Presidente: Señores diputados; un secretario va á leer detalladamente las economías é impuestos voluntarios que se hacen en los presupuestos de 1898-99.

Sube un secretario á la tribuna y lee el siguiente estado:

	Pesetas.
Ceden los Ministros.....	270.000
Idem los Exministros.....	450.000
Idem los Capitanes generales.....	120.000
Idem los Consejeros y académicos...	500.000
Idem los subsecretarios.....	75.000
Idem los Directores generales.....	162.000
Idem los gobernadores civiles.....	480.000
Idem los Cardenales, Obispos, etc...	42.076.217'56
Idem los tenedores de la Deuda.....	125.000.000
Supresión de comisiones, etcétera.....	2.700.000
<b>Total.....</b>	<b>171.833.275'56</b>

(Al conocerse la suma total un inmenso clamoreo)



estalla en el Congreso. Por todas partes se oyen los mismos gritos: ¡Ciento setenta y dos millones! ¡Hemos podido comprar todos los años once ó doce grandes acorazados!

El señor Sagasta, con voz apagada por la emoción, se levanta de nuevo y exclama:

«Señores diputados: Ahora podéis votar toda clase de impuestos y tributos, sin temor á que la conciencia os acuse. Ahora el pueblo pagará cuanto le pidamos y se compenetrará con nosotros en la defensa de la honra nacional, en peligro, no por sobra de pecados ni falta de oraciones, sino porque no hemos comprado á tiempo muchos buques de guerra y muchos cañones. He dicho.

*El entusiasmo raya en el delirio. El vocerío ensordece el espacio. Los vivos se multiplican. ¡Viva España, viva el clero, vivan los ministros y los exministros, viva Sagasta, viva la Deuda pública y vivan las privadas! A Sagasta le cogen cuatro diputados cuneros y lo sacan en andas del salón de sesiones. Vega Armijo se desmaya, los ugieres corren, el Mayor da voces, sueñan los tímbrs, nadie se entiende y todos están locos de contento.*

Entonces desperté. Me había quedado dormido en mi asiento de la tribuna de la prensa y soñé todo eso que queda relatado.

¡Qué hermoso sueño y qué triste realidad!  
¡Oh, la patria!

### LOS JESUITAS CON LOS YANKEES

Así lo acaban de probar los perillanes de la fortaleza carlista *soi disant* Universidad de Bilbao. La verdad es que no deberíamos decirles perillanes, porque los adulamos. Además, parece que la tinta con que trazamos el adjetivo está mezclada con la hiel del odio y no es cierto. Lo está con la saliva del asco.

Esa gavilla, establecida en la capital de Vizcaya contra el espíritu y la letra de los fueros, juzga que á la villa dos veces bombardeada, tan instruida en todas sus clases, tan amante de lo bello, tan industrial, tan poderosa, tan en contacto con las naciones más civilizadas, se la puede tratar como á la pobre aldea donde pasa por génio cualquier mata de habas con solideo, patas enormes y medias negras.

Desconociendo, repetimos, en su ignorancia crasa y supina, digna pareja de su soberbia y de su descaro sin límites, el alto nivel intelectual, el espíritu liberalísimo y los mil progresos de Bilbao, se consideran sus amos, y han emprendido una campaña que les puede costar disgustos graves, perder la piel inclusive, á pesar del rótulo

#### BAJO EL PROTECTORADO INGLÉS

que figura, en la pared, en uno de los claustros de la fortaleza que tiene dos cuarteles á la espalda, que cierra la ría, y cuya guarnición negra reconoce por soberano al rey de bastos, al collón de Oroquieta, que no tiene más proeza en su historia sino el combate sostenido á escobazos, en Elgueta, con la honrada hermana de su criado Lorenzo.

Ya los bilbainos, aun los más católicos, están indignados contra esos vándalos, por los sermones que rebuznan en su residencia *para señoras* solas unos días, y otros *para hombres solos*, emitiendo conceptos y soltando frases que no se pueden oír sin que la vergüenza enrojezca la cara; porque á consecuencia de tan indecorosas pláticas, comentadas por una porción de beatas bribonas, muchas, muchas señoritas se hacen monjas, convencidas de que, para Dios, es más grato tenerlas por esposas encerradas en los conventos, recibiendo... consejos y absoluciones de loyolas, frailes y clérigos, que siendo en el mundo virtuosas madres de familia; y finalmente, por la educación asesina que dan á los niños, con el latín sobre todo, matándoles las inteligencias á expensas del brutal desarrollo de las memorias.

Inútil indignación. La soberbia inconmensurable de los jesuitas no hace caso de nadie; ni siquiera del gobernador que los llamó al orden con motivo del programa de una de sus fiestas universitarias, cuyos números eran apologías

del carlismo, y siguen su obra cada vez más audaces y más descarados.

Meses pasados se constituyeron en tribunal de la Inquisición y quisieron hacer auto de fe con la magnífica biblioteca de la Sociedad Bilbaina; y estos días han colmado la medida de sus provocaciones con lo que refiere la siguiente carta con que nos honra una persona respetable, que figura en primera línea en el partido conservador de Bilbao:

«... la noticia de las declaraciones de Sagasta despertó grandísimo entusiasmo en la población, y hubo diversas manifestaciones públicas de júbilo, demostrativas del amor á España. Una de las manifestaciones la realizaron los estudiantes de la Escuela de Comercio, Instituto, etc., los cuales, luego de recorrer algunas calles con banderas españolas y dando vivas á la patria, se dirigieron á la Universidad de Deusto, cuyos alumnos quisieron unirse á sus compañeros, oponiéndose á ello resueltamente los jesuitas. Entonces muchos de los colegiales salieron por la parte trasera del edificio; pero al notar los Padres la escapatoria, mandaron cerrar las puertas y la emprendieron á pescozones con los chicos más resueltos á irse. Los colegiales se defendieron, apagaron las lámparas eléctricas gritando: «¡viva España! ¡muera los yankees!» y lucharon contra los Padres, saliendo el rector con un chichón en la cabeza.

Con ese motivo acordaron los jesuitas la expulsión de treinta y tantos alumnos, entre los cuales figuran: un sobrino de la Superiora del Sagrado Corazón de Bilbao, los hijos del marqués de S. M., un hijo del conde de I., un sobrino de los condes de G., un hijo del señor de G.

Los colegiales no expulsados han hecho causa común con sus compañeros. Se pensó en el cierre de la Universidad, pero el haber adelantado el Gobierno los exámenes, ha sido tal vez la causa de que no se haya realizado medida tan acertada.»

La simpatía de los jesuitas por los yankees es natural. Los jesuitas no tienen patria; detestan las manifestaciones populares; no quieren disgustar á sus eternos aliados los ingleses, nuestros implacables enemigos, los que nos pisotean en Gibraltar, los que amparan con su bandera los conventos de frailes, *todos carlistas*, en cambio de la promesa de consentirles sin protesta, si triunfan, que se apoderen de Tánger y que establezcan DOS DEPÓSITOS DE CARBÓN: uno en Canarias y otro en las Baleares.

Los jesuitas, protegidos por los ingleses, son sus espías utilísimos y les prestan otros servicios importantes en sus numerosas colonias.

El actual *papa negro*, un mentecato jactancioso insoportable, dice ahuecando la voz: «los ingleses y los norteamericanos son los dueños de todos los mares y de todas las costas del mundo. La Compañía de Jesús es la señora de todos los pueblos de la tierra».

Pero si la conducta de los asesinos de los reyes en teoría y en práctica, de los jefes del anarquismo é inspiradores de sus crímenes, tiene su explicación, es inexplicable la que con ellos observan los gobiernos monárquicos, adulándoles, concediéndoselo todo, y hasta barrenando las leyes por favorecerles; porque lo cierto es que hoy por hoy ellos no tiran contra la República, sino á derribar las instituciones vigentes.

¿Quiere saber el gobierno, hasta pormenores íntimos, de la eterna conspiración absolutista? ¿Quiere saber quién está designado para comandante de la fortaleza-universidad, si logran las carcas sitiar por tercera vez á Bilbao?

Averigüe si entre aquellos murciélagos hay uno cuya hoja de servicios es la siguiente:

Sacristán en Villaro (Arrutia).—Trabucaire por los montes durante la última guerra civil. —Estuvo en el sitio de Bilbao tirando bombas desde la batería de Artagán situada encima de la Universidad.—Concluida la guerra cantu-

reó en el coro de la catedral de Burgos.—Por esos méritos ingresó en la Compañía de Jesús y hoy se llama *el reverendo é ilustrado padre S. M.*

Es degradante para nuestra Patria sufrir el yugo de semejante bandolerismo, que aspira sólo á dejarnos, por de pronto, sin un real, esclavos del fanatismo más hediondo, embrutecidos; y cuando no tengamos manera de protestar, tranquilos como las sanguijuelas, chupáronoslo todo; cuanto produzca el suelo y cuanto sean y valgan, en todos conceptos, los hombres y las mujeres. La bandera de Loyola sobre las ruinas de la mártir España. ¡Serán brutos!

Y van á salir mal (si salen) de los dominios españoles. Peor que cuando los expulsó Carlos III. Y el primer aviso se lo ha dado al rector de la Universidad en la cabeza uno de los colegiales.

¿Quieren demostrarnos que la pelea con los alumnos no fué por adular á los yankees y á los ingleses? Que publiquen un manifiesto rebosando amor á la patria española, y odio á los infames norteamericanos y á sus aliados los amos de Gibraltar; y además que manden dinero para la suscripción nacional.

—Mandaban—que diría cualquiera chula.

### PREVISIÓN PATRIOTICA

Hace 18 años escribí lo siguiente:

«España carece de marina porque le da la gana. Apele al patriotismo de una clase que nunca lo ha usado y por lo mismo debe tener de él gran repuesto, y en diez años reunirá las mejores escuadras del mundo.

Esta clase puede, sin grandes sacrificios, desprenderse de la cantidad necesaria para tal objeto, como lo hace para otros, sin sufrir escasez ninguna. Ya se habrá comprendido que aludo al clero.

Con renunciar á la asignación del Estado é invertir en buques el dinero que se gasta en las iglesias en velas é incienso, es decir, en humo, cada diez años, bastaba y sobraba. Y para probar que no son cuentas galanas las mías, apelaré al contundente argumento de los números.

En un artículo coleccionado en mi libro *La Piqueta*, demostré que en diez años se gastaban en humo en los templos de España 1.460 millones de reales. Los presupuestos del Estado dicen que el clero cobra al año próximamente 180 millones, cantidad que en igual período se eleva á 1.800.

Mil ochocientos millones del Estado, unidos á los 1.460 del humo, suman *tres mil doscientos sesenta millones*; y con *tres mil doscientos sesenta millones*, ¡vaya una marina que pudiéramos reunir!

¿Y de qué van á vivir los curas en ese tiempo? exclamará algún alma timorata. De los donativos de los fieles, como vivieron, y divinamente, los años que la revolución tomó el buen acuerdo de no pagarles, y además de los derechos de entierros, bodas, bautizos, misas y responsos, amén de otras entradas que les proporcionase el purgatorio.

Y no se crea que eso es tan poco. Supongamos que á cada español, uno con otro, no le cuesten los servicios que le prestan los curas más que veinte reales anuales. Pues bien; siendo, como somos, diecisiete millones los habitantes de España, importan esos servicios diez y siete millones de duros, que divididos por diez, hacen un cociente de *trescientos cuarenta millones de reales*, que es lo que corresponde á cada año. Esto, sin contar con que los beatos y beatas, aun cuando no son muy generosos, siempre se escurren algo, y menos da una piedra.

Creo que lo dicho bastará para convencer á todos de que en los curas está la salvación del actual conflicto, y de que, parodiando al general Prim cuando decía á sus soldados señalándoles las mochilas que se hallaban en poder del enemigo: «¡Allí está nuestro honor!», podemos nosotros exclamar apuntando al clero: «¡Ahí está nuestra marina!»

¿Hubieran los yankees destruido nuestra escuadra en la bahía de Manila, si se llega á hacer durante diez años lo que propuse en ere artículo? Seguramente que no.

Y aquí viene, como anillo al dedo, esto que dijo el jueves *El País*:

«Si se ha demostrado plenamente que con rogativas no se bate una escuadra enemiga, ¿por qué no empleamos las atenciones eclesiásticas, aumentadas



en los próximos presupuestos, á la compra de buenos barcos de combate?

Si el clero alto fuera desprendido, si renunciando, como es su obligación, á las pompas y vanidades humanas indignas de los discípulos de aquel que vivió siempre en la mayor indigencia, dejara á favor de la Patria lo que tan descansadamente percibe, otros serían nuestros medios de defensa y más considerados seríamos de las potencias extranjeras, que nos consideran como un pueblo de idiotas y de esclavos.»

Me complace el que, aunque sea tarde, haya quien coincida en la salvadora idea que lancé hace dieciocho años.

### PARA LA GUERRA

El gobierno de España, no creyendo prudente una contribución de guerra, apela y espera que el pueblo contribuya voluntariamente para afrontar la situación. Yo dividiría en dos partes la suscripción por recaudación: forzosa y voluntaria, sin perjudicar por esto atenciones ineludibles.

#### Forzosa.

	Pesetas.
Fondos de Cabildos y parroquias, innecesarios, puesto que el Estado atiende á todas sus necesidades (1).	600.000,000
Por la contribución de un año que se impondrá á los bienes eclesiásticos.	8.000,000
Por contribución industrial á frailes y monjas (profesos y no profesos)....	15.000,000
Por la diferencia de 15.000 pesetas que percibe más un Cardenal que un Capitán general.....	60,000
Por id. 12.500 entre arzobispo y Teniente general.....	150,000
Por id. entre general de división y 28 obispos sufragáneos de primera categoría, á 10.500.....	280,000
Id. entre general de brigada y 20 obispos de segunda, á razón de 10.000 pesetas.....	200,000
Por id. entre coronel y obispos auxiliares, á razón de 2.500.....	300,000
Por las visitas pastorales de un año..	308,000
Por el importe de las vacantes y primeras anualidades, que ahora ingresan en el fondo de reserva.....	9.000,000
Importe de Bulas para la guerra de Cruzadas (ahora en carácter).....	10.000,000
Santos Lugares de Jerusalem (50 por 100).....	80,000
Escuelas católicas en Jerusalem y en Marruecos (50 por 100).....	350,000
Frailes misioneros (50 por 100).....	160,000
Material para monjas.....	1.000,000

#### SANTOS Y SANTAS

San Vicente de Paul.....	60,000
San Felipe Neri.....	45,000
Hijas de la Caridad, puesto que visten, comen y habitan en los hospitales..	500,000
Escolapios.....	25,000
Virgen de Monserrat.....	15,000
Id. de Covadonga.....	70,000
Id. de la Almudena.....	100,000
Santa Teresa.....	15,000
Santiago.....	15,000
Niño Jesús.....	300,000
Señoras católicas.....	25,000
Por la iglesia en Argel, puesto que allí las hay católicas.....	16,000
Por reglamentación del juego, como lo está la higiene.....	15.000,000
Por derechos de pilotaje, puesto que los comandantes de puerto tienen sueldo.....	1.000,000
Suma.....	661.184,000

#### Voluntaria.

La suscripción voluntaria promete mucho también. S. S. el Papa donará las 100.000 pesetas que percibe para rogar á Dios por España; es decir, que rogará gratis mientras duren las circunstancias. Y á la vez, y en nombre de San Pedro, donará también el dinero que para el idem va de España á Roma (unos 10.000.000).

Fray Martín, general de los frailes jesuitas, hará

(1) De 800.000.000 de obra pía se incautó el gobierno italiano, y se obligó á cubrir sus atenciones. No es mucho suponer 10.000.000, término medio, por diócesis. Felipe III, no sólo se incautó de estos fondos, sino también del oro y la plata en ornamentos.

lo mismo, y seguirán su ejemplo todos los generales y generales de las demás Ordenes.

Los obispos puestos al frente de las comisiones recaudadoras, rivalizarán en celo y harán ver, especialmente á los militares, que si ellos y su clero no han contribuido para los huérfanos de la guerra (salvo ocho obispos individualmente), es porque los huérfanos dependen de la Patria, y la Patria depende de la Iglesia.

El Sr. Valero encabezará la suscripción de su presidencia con los 3.000.000 de la testamentaria de Igareda, más los réditos de 15 años, ó lo que es lo mismo, con 6.000.000 de reales; con la quinta parte de su sueldo y emolumento anual, y acaso con algunos otros piquillos.

El señor Sancha cederá las dos anualidades (18 mil duros), más los emolumentos que ha de percibir por el tiempo que lleva vacante la Sede de Toledo (45.000 duros en total), pues su conciencia no le permitirá cobrar dos sueldos á la vez, máxime, cuando no desempeña más que un cargo, por más que á ello tenga indiscutible derecho, según Concordato.

Todos los demás seguirán el ejemplo, y promoverán suscripciones con más celo, si cabe, que las que promueven para San Pedro.

El señor obispo de Madrid cederá al Estado los 10.000.000 (de reales) que le fueron entregados por haber cedido al Estado el palacio que le fué cedido por el Estado (y va de Estado) para ser minario, y volverá á encargarse de dicho edificio.

Al propio tiempo entregará también para la suscripción las 85.000 pesetas sobrantes de la suscripción que hizo para la organización del batallón de voluntarios de Madrid, que no pudo organizar por falta de práctica.

El de Oviedo hará lo propio con las 25.000 que le restaron por igual causa.

#### MERCURIO

### AL DESCUBIERTO

En Deusto, negando á los seminaristas permiso para asistir á las manifestaciones patrióticas, pusieron los jesuitas en evidencia sus simpatías por nuestros enemigos.

En Gandía acaban de remachar el clavo, cerrándose en su convento palacio mientras la población en masa manifestaba por las calles su entusiasmo patriótico. No encontraron medio más expresivo para manifestar su odio á España y se valieron de él; verdad es que cualquiera otro podía haber incitado á los patriotas de Gandía á hacer lo que han hecho los de Talavera.

En esta cultísima ciudad, la indignación pública se desbordó al saber que el convento de los jesuitas era un inmenso granero.

Penetró la muchedumbre en el cubil, huyeron cobardemente sus moradores, y pudo vencerse de que era cierto lo que le habían dicho.

Y no tenían acaparado sólo el trigo: por lo visto trataban de acaparar otras cosas, porque allí, en aquella casa hipócritamente llamada de oración, se encontraron varios retratos de mujeres, algunas en cueros, y además unos zapatos de hembra con un par de medias dentro. Se conoce que la invasión popular no dió tiempo á la devota para calzarse, y tuvo que huir más que de prisa con su compañero ó sus compañeros de devoción.

Las mujeres honradas de Talavera salieron gritando: «¡Abajo las señoritas que se confiesan con los jesuitas!»

Ante pruebas tan concluyentes, deben entender los españoles que quien arroje, llegado el caso, á los jesuitas de cualquier lugar del territorio español, cumple la ley, no derogada, que en el siglo pasado los expulsó para siempre de los dominios españoles.

### COSILLAS

Si las terribles desventuras de la patria dejan en el ánimo conturbado resquicio para evocar recuerdos vergonzosos ó ridículos, yo le recordaría en estos instantes al comercio arruinado, perdido, que lanza quejas amargas ante la horrorosa subida de los cambios, los tiempos aquellos en que dejó las tiendas de telas baratas de percalina y las ojalaterías de faroles, para celebrar el triunfo de la restauración.

Pero será más generoso que el comercio lo fué con aquella hermosa, aunque torpe revolución que le quitó trabas y le dió vida para que después le pagase de aquella manera.

La lógica de los sucesos, que los imbéciles llaman Providencia, ha venido en esta ocasión á darle al comercio su merecido.

Mientras destrozan á nuestros bravos marinos en Filipinas por no tener barcos buenos, ni cañones modernos, las rogativas andan por aquí á la orden del día, y hasta algún periódico republicano las califica «de grandiosas manifestaciones de fe y de patriotismo, y cree que con ellas se fortifica el espíritu nacional para conservar incólumes el honor y la integridad de la patria.»

Esto es verdaderamente desconsolador.

La Línea, Gijón, Talavera, Aguilas, Cáceres, Valencia, Toledo, La Unión, Cuenca en desorden...

Estado de sitio en Madrid y otras provincias...

Derrotas en las colonias...

Hambre por todas partes...

La República del 73 va á quedar rehabilitada

Un periódico monárquico, *El Nacional*, desconfía del pueblo español, por que no se venden aun en las carnicerías filetes de ministro. ¿Destinar al consumo carne podrida? El colega se preocupa poco de la salud pública.

*Criticas sociales.*—Retratos.—Gente conocida, por el Dr. Pedro Recio de Tirteafuera.

Sin las preocupaciones de la guerra, seguramente se hubiera agotado ya la edición de ese folleto; con tal maestría y tan asombroso parecido retrata el autor á seis personajes contemporáneos. Un solo brochazo basta para que el lector exclame: «este es fulano.»

No hemos leído nunca semblanzas hechas en estilo más conciso, ni con criterio más imparcial. Si los aludidos las leen, apreciará cada cual la exactitud de las otras por el parecido de la suya, sin perjuicio de desear para el retratista la mayor suma de males posible, por la falta absoluta de benevolencia que se nota en el folleto. Verdad es que tratándose de quienes se trata, la menor benevolencia hubiera perjudicado al parecido y á la justicia.

### LA RELIGION

#### AL

## ALCANCE DE TODOS

#### POR

R. H. DE IBARRETA

Hemos puesto á la venta la 24ª edición de esta obra incomparable.

Precio 2 pesetas.—1 para los lectores de EL MOTIN.

### CIENCIA Y RELIGIÓN

#### POR

MALVERT

con 85 grabados en el texto.

Precio 2 pesetas.—1 para los lectores de EL MOTIN.

## OBRA NUEVA

### CRÍTICAS SOCIALES

#### RETRATOS

### GENTE CONOCIDA

#### POR EL

Dr. Pedro Recio de Tirteafuera.

Precio: UNA PESETA

A los suscriptores de EL MOTIN con el 25 por 100 de descuento.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.